

las, pues el fogoso redactor escribe, generalmente, con un apresuramiento febril, abreviando palabras, suprimiendo sílabas, recargando con esquemas ó croquis su texto ya compacto.

El kaiser tiene también la manía de las tarjetas postales, y las envía en gran número, durante todos sus viajes, á los miembros de su familia y á sus amigos.

Guillermo nunca fuma en pipa, que le da náuseas, y raramente cigarros puros, que duran demasiado.

Prefiere fumar cigarrillos, sobre todo cuando monta á caballo; pero jamás los apura, sino que los tira después de unas cuantas chupadas.

Los golfos de la capital, que conocen su costumbre, se precipitan á su paso para recoger las colillas imperiales que venden luego á los coleccionistas.

Uno de los rasgos característicos de Guillermo es que abarca las cosas más grandes lo mismo que las más pequeñas.

Entre dos discursos políticos, da órdenes á su cocinero, monta á caballo para ver un desfile de tropa ó alarmar á una guarnición, cambia un par de veces de uniforme para dar audiencia á dos jefes de distintas armas, toca al piano la última pieza en boga, esboza una acuarela, retoca una escena de un drama, discute el corte del vestido de la emperatriz, habla mucho, porque piensa mucho y experimenta la necesidad de confiar sus pensamientos á todo el mundo, justificando su fama de hombre universal, porque, realmente, es uno de esos espíritus que ignoran el reposo, no pierden nunca un minuto y se lo asimilan todo con una estúpida facilidad.



CAPITULO XI

Guillermo II y el ejército. - Incoherencias del kaiser. - Teoría y práctica de sus principios económicos. - Banquetes militares. - La oficialidad de la Guardia. - Oficiales víctimas de la usura. - Agria respuesta del general Kessel á una censura del kaiser. - Curiosa discusión entre Guillermo y la princesa Radziwill. - Intransigencia del kaiser en punto á disciplina militar. - El despertador del coronel. - Varias anécdotas. - Afición del emperador á los viajes. - Á bordo del *Hohenzollern*. - Guillermo II, predicador. - Su corrector de estilo. - Su manía oratoria. - Críticas de la prensa alemana.

Uno de los sentimientos más arraigados en el corazón del kaiser es el amor al ejército, que le procura las más gratas satisfacciones.

En ninguna parte se encuentra tan á gusto como en medio de sus soldados.

No sólo se complace en dirigir las grandes maniobras y en hacer desfilar regimientos á son de música, sino que también se mezcla en la vida de sus oficiales, frecuentando sus mesas redondas, cuidando de su corrección y moralidad, y tratándoles como jefe y como amigo.

Sin embargo, en sus relaciones con la oficialidad hay algo de incoherente, como en todos los actos de la vida

de Guillermo en que la cuestión de dinero desempeña un papel más ó menos importante. Por una parte lanza tremendas filípicas contra el lujo de los oficiales, y por otra les obliga á hacer gastos superiores á sus recursos.

«Los coroneles, capitanes y tenientes prusianos, proclamó el emperador, deben hallar una suprema satisfacción en una vida modesta. El gastar más de lo que suman los ingresos, es la causa de todas las desdichas sociales. Sólo los generales tienen obligaciones de representación. Y aun sus Excelencias no deben gastar en esto más de lo que su sueldo les permite.»

Este es el lado teórico é ideal de la cuestión. La realidad es muy distinta. Á fin de cerciorarse de que sus órdenes se cumplen, el emperador se convida á almorzar, de vez en cuando, en el casino de algún regimiento, anunciando que pagará su cubierto y el de las personas de su séquito á razón de diez marcos por cabeza.

Los organizadores del banquete, que saben que Su Majestad prefiere tales vinos ó tales platos, encargan botellas de champaña, borgoñas, vinos del Rhin, coñac y licores de las marcas más acreditadas, pescado de mar, que tanto en Berlín como en Potsdam cuesta caro, caza mayor ó menor y otras viandas de precio.

Además se adorna ricamente el exterior y el interior del círculo. Y cuando Guillermo se levanta de la mesa con sus cinco ó seis ayudantes de campo, suele dar las gracias á sus anfitriones en estos ó parecidos términos:

—Ya ve usted, mi querido coronel, que por diez marcos se puede comer perfectamente.

Lo digno de verse es la cara que ponen los jóvenes oficiales. Algunos se imaginan que el conde Eulenburg, intendente de palacio, enviará al casino una cantidad



Grupo de oficiales de la Guardia de Corps

que ayude al menos á pagar el gasto. ¡Vana esperanza! Siempre son ellos los que pagan la fiesta.

Cuando el jefe superior del ejército se digna honrar con su asistencia una mesa de oficiales y pedir un cubierto de diez marcos, el gasto nunca baja de quinientos ó seicientos, y con frecuencia pasa de mil.

Hubo una época en que el honor de recibir al kaiser costaba á los tenientes de Potsdam la décima parte de

su sueldo durante meses. Así hace practicar Guillermo á sus oficiales la economía que les predica.

Se equivocan los que creen que la mayor parte de los oficiales de la Guardia están ricos. Muchos de ellos son hijos de altos funcionarios que ostentan pomposos títulos, pero que no cuentan, en general, más que con un modesto sueldo, que difícilmente les permite hacer frente al menor gasto extraordinario. No obstante, muchos de esos oficiales quieren brillar. Saben que la mejor manera de llamar la atención del kaiser es vestir con elegancia. Pero esto cuesta caro, tanto más cuanto que los sastres, teniendo en cuenta el riesgo que corren de no cobrar, cargan las cuentas de sus jóvenes parroquianos. Y de esto á caer en manos de usureros no hay más que un paso.

Cierto día, la madre de un brillante oficial de la Guardia, viuda de un consejero privado de Su Majestad, que había de atender al sostenimiento de varias hijas solteras con una modesta pensión de cuatro mil quinientos marcos, fué á solicitar una audiencia de la emperatriz. Según costumbre, la dama de honor de servicio le preguntó el motivo de su visita. La viuda manifestó el propósito de rogar á la soberana que á su vez suplicase al emperador no continuara visitando los casinos militares. La dama de honor la disuadió de dar semejante paso, pero no tuvo más remedio que escuchar la argumentación de la pobre madre:

—La paga de mi hijo es de ciento setenta marcos mensuales, como usted no ignora. Deduzca de esta suma unos ciento cuarenta para calzar y vestir, alojamiento, comida y suscripciones. Con los treinta marcos restantes y los quince que yo le doy, tiene que pagar

su tabaco y sus distracciones. El muchacho había conseguido equilibrar su presupuesto hasta que el emperador empezó á convidarse en el casino de su regimiento.

Después de la primera visita de Su Majestad, mi hijo tuvo que dar por su parte quince marcos y pedir prestada una doble corona (1) á un compañero.

Al mes siguiente, Su Majestad repitió su costosa visita. Mi hijo tuvo que pagar otra vez su escote. Después de haber reembolsado á su compañero, le quedaron cinco marcos de la mensualidad. El desdichado no tardó en caer en las garras de un usurero, y seis meses después había caído en desgracia. Y no crea usted que mi hijo sea una excepción. ¡Cuántos jóvenes de porvenir han perdido así la carrera! Por ellos y por sus pobres madres deseaba yo solicitar la intervención de la emperatriz, á fin de demostrar el peligro que corren los jóvenes oficiales que se hallan en contacto con el emperador.

Á su regreso de las maniobras de 1895, Guillermo se quejó al general von Kessel, comandante del primero de la Guardia de la manera de vestir de los coraceros de Breslau, uno de los cuerpos cuya mesa de oficiales suele honrar el kaiser con su presencia.

—Si Su Majestad quiere que sus oficiales vistan bien, le contestó agriamente el general, debería abandonar la costumbre de hacerles gastar el dinero en darle banquetes en sus casinos. No pueden hacer el papel de anfitriones y pagar al sastre.

Pero Guillermo II desconoce el valor del dinero, hasta

(1) La doble corona alemana equivale á once pesetas setenta y cinco céntimos.

el extremo de celebrar á cada instante bailes de trajes en palacio, sin sospechar lo costosas que estas fiestas resultan para todo el mundo.

Una noche, en febrero de 1897, en una recepción de palacio, la princesa Radziwill habló al kaiser de la gran dificultad con que tropezaban los oficiales invitados al festival en proyecto para celebrar el centenario de Guillermo I.

—Esos caballeros—contestó el emperador—han tenido un mes para prepararse. Por consiguiente, que no se quejen. Si no hay bastantes sastres y bordadoras en Berlín, los hay en otras poblaciones.

—Con permiso de Vuestra Majestad—replicó la princesa;—lo que apura á vuestros oficiales no es la falta de manos ni de agujas, sino la falta de fondos. Muchos de ellos no pueden gastarse quinientos ó seiscientos marcos en un traje que no se pondrán más que una vez.

—¿Y dónde ha recogido Vuestra Gracia estos informes?—preguntó el kaiser con una sonrisa burlona.

—En todas partes—continuó la princesa.—No se habla de otra cosa en los salones y en los *clubs*.

Su Majestad replicó encogiéndose de hombros:

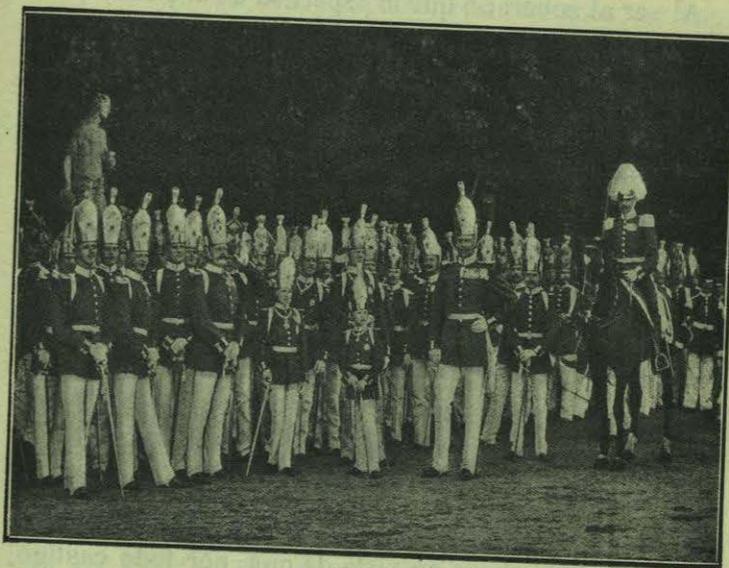
—Si es necesario vestir á mis convidados, además de darles de comer, haré un regalo de veinte mil marcos á vuestros pobres amigos para que puedan pagar sus trajes.

Como muchas personas habían oído la promesa imperial, la noticia cundió rápidamente por todas partes, y en los casinos se brindó por Guillermo «el Generoso.»

Persuadidos de que se les indemnizaría, los oficiales designados para los cuadros vivos no repararon en gastos. Y el resultado fué que el emperador tuvo la

fiesta espléndida que deseaba, pero en cuanto á los veinte mil marcos prometidos, los olvidó completamente.

Lo que el kaiser no olvida nunca, en medio de sus tropas, es la cuestión de disciplina. En esto es intransigente en grado sumo. No hay privilegio ni situación



Oficialidad del regimiento de la Guardia

que exima del exacto cumplimiento de las ordenanzas. El soberano castiga á los infractores, aunque estos sean príncipes de estirpe real, y ha llevado su rectitud al extremo de mandar arrestar á su cuñado y dejar de reemplazo á otros individuos de su familia.

Una vez hizo retirar su propia guardia al cuartel por falta de corrección en su parada delante de palacio.

Cierta mañana, muy temprano, presentóse de improviso en el cuartel del primer regimiento real de dragones, de guarnición en Berlín. Los escuadrones, ya en

formación de marcha, estaban prontos á partir. Todos los oficiales se hallaban en su puesto. Sólo faltaba el coronel. El emperador mandó aplazar la salida hasta la llegada del jefe. Éste vino al fin, tranquilamente, al cabo de media hora, en busca de sus hombres.

Al ver al soberano que le esperaba en el patio, quiso acercarse hacia él para hacerle los honores de ordenanza y, sobre todo, para tratar de excusarse. Pero Guillermo, sin escucharlo, le mandó tomar inmediatamente el mando de su tropa y conducirla al campo de maniobras.

Durante el ejercicio, al que asistió hasta el fin, el emperador no despegó los labios. Después, sin haber proferido una palabra, abandonó el campo y regresó á Berlín, dejando al pobre coronel presa de la más viva inquietud.

Éste recibió aquella misma noche en su domicilio la visita de una estafeta que le entregó un paquetito de parte de Su Majestad. Abriólo con indecible emoción, y se dió por dichoso en vista de que, por todo castigo, el soberano le enviaba irónicamente un despertador.

Otra escena del mismo género pasó algún tiempo después en el cuartel de húsares de Potsdam. El kaiser se presentó allí, una mañana, muy temprano, para practicar una visita de inspección, y empezó por darse á conocer al centinela que recibió la orden de no moverse. Entró en el cuerpo de guardia y vió que el teniente de servicio no estaba en su puesto. Entonces mandó salir á todos los hombres y los envió á que se ocultaran en el casino de los oficiales, no reteniendo más que al corneta, á quien después ordenó tocar llamada.

En seguida el teniente de guardia acudió, y, al reconocer al jefe supremo, palideció lleno de turbación.

Fingiéndose no reparar en su estado, el kaiser le preguntó con seriedad.

—Teniente, ¿dónde están sus hombres?

El oficial, azorado, todavía medio dormido, no supo qué contestar.

Excusado es decir que llevó su rapapolvo; pero la historia no dice si también recibió un despertador.

Uno de los ayudantes de campo del emperador refería en los siguientes términos la alarmante sorpresa dada por éste á la guarnición de la fortaleza de Posen:

«Durante el desayuno, Su Majestad no hablaba más que de las caras despavoridas que pondrían los oficiales y los soldados bruscamente arrancados al sueño, y la perspectiva de semejante escena le regocijaba.

»Alguien se atrevió, sin embargo, á hacerle esta observación:

—Las muchachas no perdonarán á Vuestra Majestad que turbe de esta manera sus amorosos coloquios.

—¡Bah, replicó el emperador, qué importa! La gratitud de mis valientes soldados, á quienes ayudaré á largarse sin pagar la cuenta, compensará á mis ojos la animosidad de esas mujeres.

»Momentos después los clarines y los cascos de la caballería resonaron en la calle principal de la ciudad. Medio polonesa, Posen ha visto tantos sitios, insurrecciones y trastornos que una simple algarada es incapaz de asustar á sus habitantes. Las ventanas se abrieron y volvieron á cerrarse á nuestro paso. Detrás de los cristales se divisaban hombres, mujeres y niños en paños menores, que miraban pasar la cabalgata impe-

rial. Acá y acullá veíamos algún soldado que salía de tal ó cual casa acabándose de vestir y escurriéndose á escape. Encontramos varios pequeños destacamentos de tropa que iban al campo de maniobras, y, á todos, Su Majestad les mandó quedarse atrás. Al pasar por delante del hotel principal, vimos, á través de los cristales de un balcón, un par de bigotes rubios que todos conocíamos y que se creían ocultos detrás de dos graciosas siluetas femeninas: la de cierta dama joven de un teatro de comedia y la de una célebre bailarina de la Ópera de Berlín.

—¡Qué veo! exclamó el emperador, levantando la cabeza hacia el balcón del hotel. ¿Mi cuerpo de baile y mis actrices me han precedido en Posen?

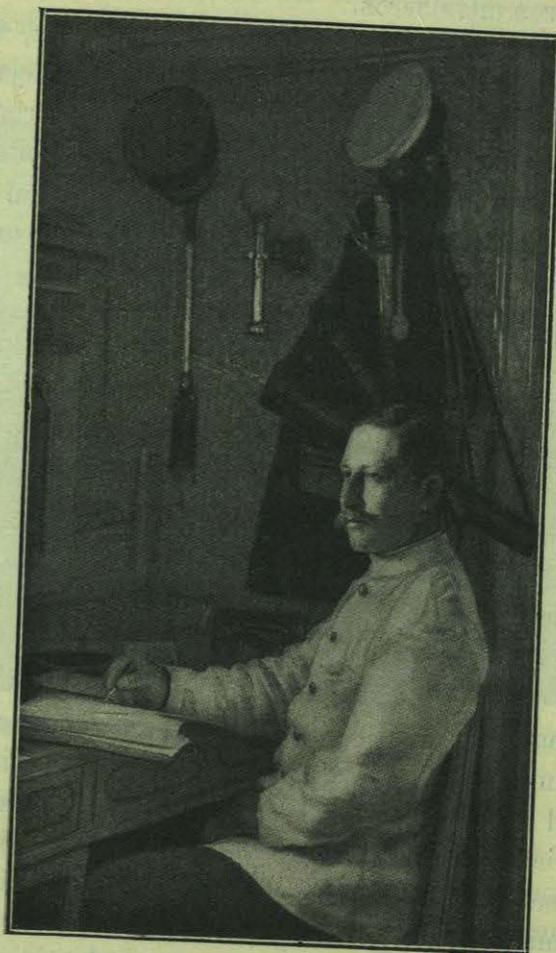
—Será la primera vez que esas dos ramas del arte se habrán visto tan íntimamente unidas, dijo el ayudante Moltke.

»Este incidente imprevisto divirtió mucho al emperador. El oficial sorprendido en compañía de las dos artistas era el barón X..., del regimiento de húsares. Fué invitado á la tertulia de Su Majestad y á la mesa de oficiales, donde se celebró un banquete después de la revista.»

Guillermo II rióse en grande á costa de él; pero otra cosa hubiera sucedido si, en vez de faltar á la moral, el barón hubiese faltado á la disciplina, porque estas faltas el kaiser no las perdona á nadie. Justo es decir, en su honor, que si alguna vez se muestra indulgente es más bien con los pequeños y humildes que con los grandes.

Hace algunos años, en la época de la quinta, dos jóvenes pertenecientes á una secta religiosa que reprueba

la efusión de sangre humana, se habían negado á prestar servicio militar, sin hacerse desertores. Fueron na-



El emperador Guillermo II en su despacho á bordo de su antiguo yate
Hohenzollern

turalmente encausados y condenados á una larga detención que sufrieron resignadamente. El emperador dió órdenes para que se les tratase bien en la prisión,

y, después de purgada su pena, les hizo entregar una cantidad que les permitió trasladarse á América, donde se hicieron misioneros.

Paseándose un día por el palacio de Potsdam, Guillermo se fijó en uno de los centinelas que, sin dejar de ejecutar puntualmente su consigna, parecía triste y abatido. Acercóse á él y le interrogó con afabilidad. Después de mil vacilaciones, el soldadito contó al emperador que, estando á punto de casarse, había tenido reveses de fortuna, y se encontraba sin recursos y en la imposibilidad de realizar su sueño dorado.

El kaiser, después de haber mandado tomar informes que confirmaron los asertos de su humilde súbdito, le nombró cabo, le dió dinero para los gastos de la boda y además puso á su mujer al servicio de la emperatriz.

Donde con más intimidad se mezcla Guillermo en la vida de los militares que están en contacto con él es á bordo del *Hohenzollern*.

Sin querer averiguar si los frecuentes viajes del kaiser son de mayor ó menor utilidad, ó si obedecen á una inconsciente necesidad de movimiento, diremos que al actual soberano de Alemania le gusta extraordinariamente viajar. Aparte de sus visitas oficiales á los demás jefes de Estado, de sus ruidosas expediciones encaminadas á algún fin político, como las de Tierra Santa y de Marruecos, se pasa la mitad del año viajando por tierra ó por mar.

Y á bordo de su yate es donde goza plenamente de esa especie de embriaguez de movimiento y de espacio. Entonces abdica de toda solemnidad; trata como amigos á los oficiales y llama «hijos míos» á los ma-

rineros. Pero esa libertad y esa franqueza no suelen durar mucho.

Después de haber llevado unos quince días esa vida sencilla é independiente, parece que le falta algo. Siéntete prurito de manifestar su poder. Entonces hace fon-



El emperador con sus invitados y el comandante del *Hohenzollern*

dear su yate en cualquier costa, en alguna bahía ignorada, cerca de un punto solitario. Desembarca al pie de una montaña. Los marineros de á bordo, acostumbrados á sus caprichos, saltan á tierra y levantan allí una pirámide de piedras, en que se pone una inscripción á fin de que los turistas futuros sepan que, tal día y á tal hora, el emperador de Alemania se detuvo en aquel sitio. Y, para conmemorar el acontecimiento, el kaiser pronuncia un discurso con acompañamiento de salvas hechas por la artillería del *Hohenzollern*, en

cuya popa flota majestuosamente la bandera alemana.

En ausencia del cura, un oficial le suple en el servicio religioso del domingo, que es de rigor en todos los buques de guerra alemanes, y Guillermo II no deja de sustituir al pastor á bordo del *Hohenzollern*. Para darlo á conocer como predicador bastará extractar aquí uno de sus sermones.

El domingo 29 de julio de 1900, en presencia de la tripulación reunida en la cubierta del yate imperial anclado á vista de la isla de Heligoland, el emperador presidió bajo la toldilla los divinos oficios según el ritual de las iglesias protestantes, empezando por la exhortación habitual: «¡La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sea con vosotros. Amén!» Abrió luego la Biblia y leyó el pasaje siguiente que había de servir de tema para su sermón: «Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano prevalecía Amalec.» Segundo Libro de Moisés, capítulo II, versículo 11.

«¡Impresionable cuadro para nuestra alma el que implica nuestro texto de hoy!,—empezó diciendo el pastor imperial. Vemos á Israel cruzando el desierto, por el camino que conduce del mar Rojo al monte Sinaí, cuando de pronto se ve atacado por los amalecitas que quieren oponerse á su paso, y se inicia una batalla. Josué conduce los jóvenes de Israel al combate, las armas se entrechocan, la pelea es encarnizada y sangrienta. Pero, ved, mientras la victoria es indecisa, Moisés, Aarón y Hur, esos hombres de alta piedad, suben á la montaña vecina, y elevan al cielo brazos que imploran. Abajo, en la llanura, la multitud que combate;

arriba, en la montaña, el grupo que ora: tal es la alta alegoría contenida en nuestro texto.

»¿Quién no comprende hoy lo que significa? De nuevo, en lontananza, el viejo espíritu amalecita y pagano ha



Exlibris del emperador Guillermo II

vuelto á levantarse (1); por la fuerza y por la astucia, por el hierro y por el fuego, trata de oponerse á la penetración del espíritu y del tráfico europeos, de las costumbres y de la fe cristianas. Y, una vez más, la voluntad de Dios ha pronunciado: escoged hombres, id y combatid contra Amalec. Se ha trabado una lucha encarnizada y sangrienta. Muchos de nuestros hermanos

(1) Alude á la campaña de China.

pelean ya; otros se hallan camino de las riberas enemigas, y habéis visto salir otros á millares de las filas al llamamiento de: «¡Voluntarios para la defensa del santo reino!,» los cuales, á banderas desplegadas, se preparan ahora á entrar en liza...

»Pero vosotros, á quienes otros deberes, igualmente sagrados, retienen ¡ay! en vuestros hogares, ¿no oís la voz de Dios que sobre vosotros descende y os dice: —¡Subid á la montaña!, ¡alzad vuestras manos hacia el cielo! La plegaria del justo lo puede todo, cuando es sincera?

»¡Que la santa guerra nos muestre, pues, ese doble aspecto: allá, en lontananza, las legiones que se batien; aquí, en la patria, las legiones que oran. Y que la paz de esta hora matinal nos convide al deber sagrado de la intercesión piadosa, y nos enseñe el santo poder de esta misma intercesión!»

Y el predicador desarrolla con extraordinaria abundancia de imágenes, ora bíblicas, ora guerreras, las dos fases bajo las cuales examina la intercesión piadosa, para terminar con estos hermosos párrafos:

«En lo alto de las montañas, en torres perdidas, hay campanas misteriosas que ninguna mano de hombre ha tocado jamás. Silenciosas y mudas, penden del espacio inundado de sol. Mas si llega la tormenta, sueñan y resuenan progresivamente, hasta que su canto se extiende á lo lejos por el valle. ¡Pues bien!, Dios, Nuestro Señor, ha puesto en el corazón humano la campana de la oración. Indudablemente, en la clara paz de una vida feliz, permanece silenciosa y muda. Pero tan pronto como sopla el viento de la adversidad, se pone en movimiento y resuena. Así es que muchos camara-

das que habían olvidado las oraciones y se encontrarán allá frente á frente con la muerte, juntarán á menudo las manos. El peligro nos enseña á orar. Lo mismo ha de suceder en el hogar patrio. El cielo se oscurece, la guerra ruge en el horizonte, dejad sonar la campana de



Dormitorio del emperador en el *Hohenzollern*

la oración. ¡Oremos por nuestros hermanos que allá lejos se batien! ¡Oremos con constancia y no tan sólo á la hora de las solemnidades! Así como, antiguamente, nuestros antepasados, en tiempo de guerra, tocaban las campanas cada noche y se descubrían desde los primeros sonos exclamando: «Permanece entre nosotros, Señor Jesús, pues ha llegado la noche,» no dejemos nosotros pasar un solo día sin elevar nuestros corazones á Dios. Moisés tuvo alzados sus brazos hacia el cielo hasta la puesta del sol, y así permitió á Josué que

rechazara á los amalecitas. Nuestro combate durará más de un día, y nuestros brazos no deben desfallecer hasta haberse alcanzado la victoria. ¡Que nuestras preces erijan una muralla de fuego en torno del campo de nuestros hermanos!...

»La historia universal describirá algún día los combates actuales. Pero el hombre no ve más que por sus ojos, y debe limitarse á reconocer la ciencia de los jefes, el ardor de las tropas y el valor de las armas. La eternidad nos revelará el resto, es decir, cómo habrán obrado las ocultas preces de los creyentes y la manera de cumplirse una vez más la promesa bíblica: «Implórame en el peligro y te salvaré.»

Hay que convenir en que semejante sermón, en labios de un monarca tan moderno como Guillermo II, no sólo sorprende, sino que hace dudar de la sinceridad de sus palabras. Mas crea ó no en la intervención de Jehová en las querellas de los pueblos, no vemos qué otro lenguaje pudiera emplear, para sus fines, con unos hombres de limitada inteligencia y rudimentaria instrucción, propensos á toda clase de supersticiones y quimeras, á quienes se quiere llevar á la abnegación por su rey, al heroico sacrificio de su vida por la patria.

Esto en cuanto á la esencia del sermón; en cuanto á la forma, parece dar razón á los historiógrafos que afirman que todos los discursos del kaiser pasan, antes de ser públicos, por las manos de un corrector de estilo.

Recientemente se ha publicado en Alemania un tomo muy compacto que contiene más de cuatrocientas muestras del talento oratorio de Guillermo, entre discursos, alocuciones y manifiestos, y cada uno de estos docu-



EL EMPERADOR GUILLERMO II EN 1896

mentos parece haber sido retocado, en perjuicio de la espontaneidad indudable de la primera forma, por un corrector pretencioso, amigo de frases redondeadas, pulimentadas y llenas de imágenes poéticas. Pero falta en ellos el calor de la improvisación y la sencilla claridad que quizá tenían al brotar de la pluma ó de los labios del emperador.

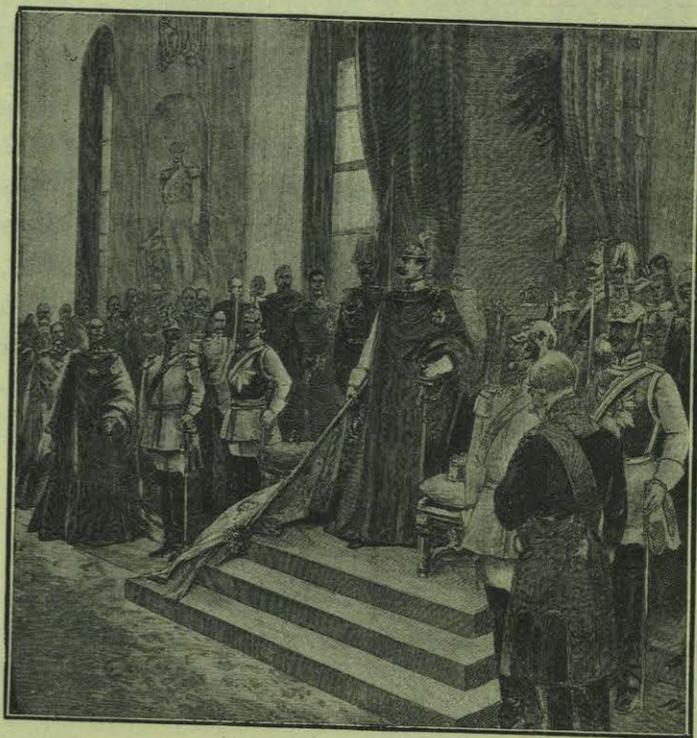
El día 18 de enero de 1896, vigésimoquinto aniversario de la fundación del imperio, Guillermo II, después de haber visitado el mausoleo de Carlottenburgo y asistido al oficio religioso que se celebró en la capilla de palacio, pronunció en el salon del trono un discurso alusivo al hecho que se conmemoraba. Al final del mismo, empuñó la bandera del primer regimiento de la Guardia é inclinándola hacia al suelo, dijo:

«Ante este venerable estandarte, cubierto de gloria por espacio de cerca de doscientos años, renuevo los votos de velar por el honor del pueblo y del imperio, así en el interior como en el exterior. ¡Un imperio, un pueblo, un Dios!»

Al hablar de su política, diremos algo acerca de sus discursos referentes á la administración del Estado. Sus discursos sobre literatura y bellas artes reflejan el mismo espíritu retrógrado del predicador. Guillermo II es hostil á toda audacia, á toda innovación, á toda originalidad antitradicional.

La frecuencia y abundancia de sus arengas han hecho que el pueblo alemán lo tome por un hablador incorregible. El periódico satírico más popular de Alemania, el *Simplicissimus*, publicó una caricatura ridiculizando la manía oratoria del emperador. La imagen representaba un burgués en contemplación ante un

retrato histórico. «¿Quién es?» preguntaba el buen hombre. «Guillermo el taciturno», le contestaba otro. Y entonces el burgués replicaba asombrado: «¿Guillermo el taciturno! ¿Ha habido uno?» La sátira era graciosa,



¡Un imperio, un pueblo, un Dios!

pero no maligna. Sin embargo, el periódico fué procesado, y su director evitó la cárcel expatriándose por unos años.

Más recientemente (1), el *Leipziger Neueste Nachrichten* decía:

«El águila imperial no tiene derecho á elevarse sin

(1) Mayo de 1905.

freno por los aires; no debe desprenderse á la ligera de la cadena dorada de su responsabilidad. Las alocuciones imperiales tienen siempre resultados imprevistos y dan á la política alemana un carácter contradictorio y agitado; sin embargo, cuando el emperador debería hablar, calla y no encuentra una palabra para Schiller. ¿Es porque tiene aversión al poeta proclamado ciudadano de la República francesa? ¿Qué nos importan el almirante Coligny y todas las momias del pasado, á quienes el emperador eleva monumentos y ensalza en pomposos discursos, ni qué nos importan esas fiestas cortesanas en que se pone por las nubes á escritores, músicos, pintores y escultores de un mérito discutible, que caen en el olvido mucho antes de morir? Federico Schiller sigue viviendo y sus gloriosas huellas quedarán marcadas mientras el pueblo alemán conserve su ideal religioso y estético.»



CAPITULO XII

Viajes oficiales del emperador. - Apuros de su servidumbre. - El tren imperial. - Viajes ilusorios. - Perpetua agitación del kaiser. - Utilidad de sus viajes. - Guillermo II, cazador. - Programa anual de las cacerías imperiales. - Amigos y cortesanos de Guillermo. - Castillos de la nobleza prusiana. - Partida de caza organizada en estos castillos en obsequio al emperador - El general Lehn-dorff. - Veladas que siguen á las cacerías. - Un ama de gobierno ejemplar. - Una pava histórica. - Influencia de los compañeros de caza de Guillermo.

La pasión de Guillermo^o II por los viajes nunca ha sido tan grande como al principio de su reinado, cuidadosamente fomentada por su primer mayordomo y segundo favorito (1) el conde de Liebenau. Durante los veintidós meses que éste ejerció su alto cargo palatino, es decir, de agosto de 1888 á mayo de 1890, sin contar las cacerías y excursiones de carácter particular, el kaiser visitó oficialmente, en una porción de viajes, Estokolmo, Copenhague, Francfort del Oder, Stuttgart, Mú-nich, Viena, Roma, Hamburgo, Leipzig, Breslau, Stetin, Buckenburgo, Oldenburgo, Wilhemshafen, Wei-

(1) Su primer favorito había sido el conde Herberto de Bismarck.